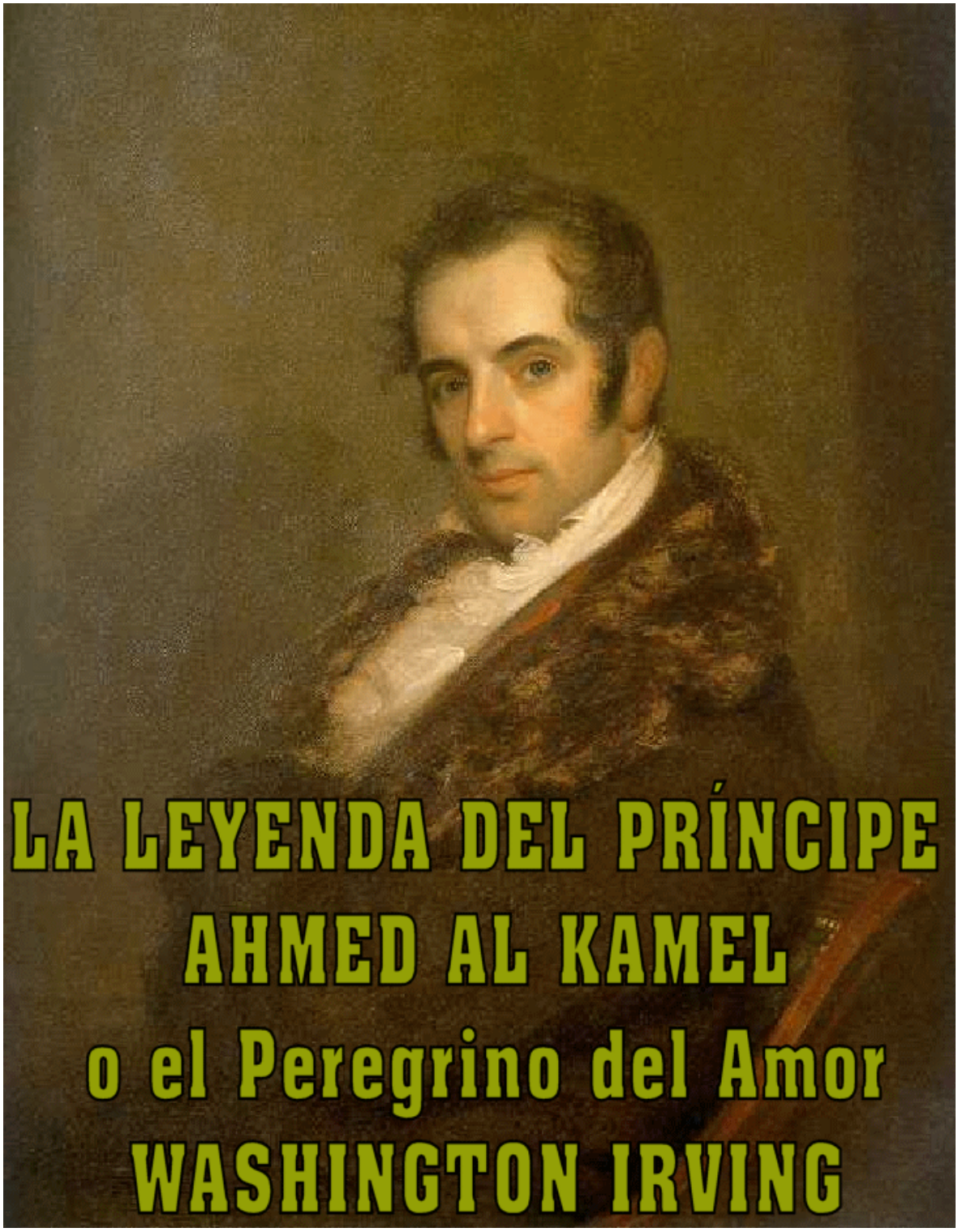
LA LEYENDA DEL PRÍNCIPE AHMED AL KAMEL
o el Peregrino del Amor
WASHINGTON IRVING



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Hubo en tiempos un rey moro de Granada que tuvo un hijo único al que puso por nombre Ahmed y al que los cortesanos, desde muy pronto, dieron en llamar Al Kamel, El Perfecto, por cuanto de sobresaliente había en él. Coincidieron los astrólogos en apreciar en Ahmed tanta perfección e hicieron predicciones en su favor, las cuales lo designaban como un príncipe modélico y gran soberano de reinado largo, dichoso y floreciente. Una nube entre tanta felicidad pronosticaron, pero aun así, con tonos rosados; regiría los destinos del príncipe, según tal augurio, una propensión hacia el amor temperamental, que lo llevaría a exponerse a ciertos peligros; mas si podía librarse de lisonjas y halagos interesados y vanos, si conseguía salir indemne de su propia propensión enamoradiza y juvenil, alcanzaría la madurez a salvo de riesgos y la vida de Ahmed vería una continua sucesión de acontecimientos felices.

En previsión de tales peligros, determinó el rey, con el consejo de sus sabios, que se educara el príncipe en retiro, allá donde no le fuese posible contemplar el rostro de una mujer, allá donde no pudiera oír jamás la palabra amor... A tal fin mandó construir un hermoso palacio en la más alta de las colinas que dominan la Alhambra, con deliciosos jardines pero rodeado de altas murallas... Es el palacio que hoy conocemos con el nombre de El Generalife. Entre esos muros quedó encerrado el buen Ahmed al Kamel, encargándose de su educación y custodia el muy sabio Eben Bonabben, hombre sensato, de los más conspicuos y austeros entre los sabios árabes de la corte, que había pasado gran parte de su vida en el lejano Egipto, entregado al estudio de los jeroglíficos y de las pirámides, adivinando además mayores encantos en una momia faraónica que en la más tentadora y sugestiva belleza de una mujer viva y en toda su sazón. Naturalmente, tenía el sabio el encargo muy especial de hacer que el príncipe permaneciera ignorante por completo de lo que era el amor. Todos los demás conocimientos, podían enseñársele. Así, dijo el rey al sabio:

-Haz uso de toda precaución que creas conveniente. Y ten por seguro, ¡oh, sabio Eben Bonabben!, que si mi hijo el príncipe llegara a aprender algo de los conocimientos que le están vedados, responderías con tu cabeza.

Una agria sonrisa cruzó el rostro seco, viejo y curtido de arrugas del sabio al escuchar tan firme amenaza.

-Quede tranquilo el corazón de vuestra majestad -respondió el sabio-, ¿o es que acaso veis en mí a un hombre que pueda dar lecciones acerca de tan vana, mundana e inconsútil pasión como lo es la amorosa?

Así pues, bajo la vigilante atención del filósofo fue creciendo el príncipe en su retiro del palacio y en el silencio de los deliciosos y fragantes jardines. Sus dotes intelectuales eran especialmente cuidadas para su mejor desarrollo por el buen Eben Bonabben, que pugnaba con denuedo por iniciarle en la erudición de los saberes del antiguo Egipto... Aunque apenas hacía progresos Ahmed en esta disciplina, pues poco interés sentía y demostraba por la filosofía... Era de carácter dúctil, empero, y de manera sorprendente para ser tan joven, un muchacho aún en su pubertad, con lo que solía aprovechar para su mejor conveniencia los consejos que se le daban; inclinado según esa tendencia íntima, podía sobrellevar el aburrimiento que le producían los estudios en los que se empeñaba el sabio, de los cuales extrajo un conocimiento en varias ramas del saber, más superficial que otra cosa, pero suficiente para su condición de príncipe destinado a empuñar un día el cetro. Así cumplió los veinte años, convertido en un erudito prodigioso para lo que de común era su edad, pero ignorando por completo los asuntos del amor. No en vano, los únicos criados que había tenido a su servicio eran esclavos negros, perfectamente mudos e ignorantes, hombres que nada sabían de pasiones amorosas o que no eran capaces de expresarlas con palabras.

Por aquellos sus días, sin embargo, se obró un cambio profundo en la manera de ser del príncipe. De golpe abandonó los estudios y dedicó todo su tiempo a vagar por los jardines y a quedarse pensativo, como en éxtasis incluso, ante las fuentes. Entre las disciplinas en las que fuera instruido se contaba la música, a la que ahora dedicaba gran parte de las horas del día; y la poesía, ocupación que le resultaba muy amena y a la que se daba con gran entusiasmo. No pudo todo eso por menos que alarmar al sabio Eben Bonabben, que trató por todos los medios

a su alcance de que el príncipe se olvidara de tan fútiles gustos, e intentó distraerlo de aquellas aficiones dedicándole a un curso de álgebra. Pero Ahmed se resistió con denuedo. Así expuso su versión al sabio:

-No puedo estudiar álgebra, es superior a mis fuerzas. Abomino de esa disciplina y es imposible que persevere en su estudio. Procúrame algo, sin embargo, que hable directamente a mi corazón.

Movió negativamente su cabeza el sabio y le respondió así:

-Aquí toca a su fin el imperio de la filosofía... El príncipe acaba de descubrir que tiene corazón.

Vigiló desde aquel día más estrechamente que antes a su discípulo, y vio por ello que Ahmed mostraba una muy natural ternura hasta entonces represa, que sólo precisaba de una circunstancia propicia para manifestarse intensamente. Vagó Ahmed por los jardines, preso de un frenesí melancólico y sentimental de cuyos orígenes todo lo ignoraba; unas veces se sentaba para arrebatarse en deliciosa transportación y extraer de su laúd notas muy armónicas; otras alejaba de sí el instrumento y no hacía más que exhalar hondos suspiros y lamentos. Su propensión sentimental lo llevó a deleitarse en los objetos inanimados; acariciaba con suma delicadeza las flores que más queridas le eran; había árboles de cuyo amparo apenas se alejaba, pues tenía por muy íntimo y necesario el placer que le procuraban; había un árbol, de lánguidas ramas, al que acabó entregándose por completo, al punto de grabar en su corteza su propio nombre y adornarlo con guirnaldas, para dedicarle después dulces canciones acompañadas con su laúd, con las que le decía palabras de encantamiento.

Eben Bonabben se alarmó aún más al observar las melancólicas excitaciones del príncipe, al que creía ya al borde del precipicio de los conocimientos que le habían sido vedados. Cualquier suceso, el más mínimo acontecer, podía depararle ya la revelación que trataba de impedirle... Preocupado seriamente, pues, dado que de la ignorancia del príncipe dependía su propia vida, alejó el sabio a Ahmed de las seducciones que sobre su sensible corazón ejercían los jardines y lo recluyó en la torre más alta del Generalife. Los aposentos de la torre eran bellísimos, suntuosos, y desde allí podía contemplar un paisaje sin horizontes, pues sobresalía la torre de las umbrías y de las arboledas y de las flores y de las fuentes, que tanto comenzaban a despertar la sensibilidad de Ahmed.

¿Qué hacer, sin embargo, para distraerlo del tedio? Afortunadamente, se había instruido el sabio, cuando anduvo por Egipto, en el lenguaje de las aves, que le enseñó un rabí judío, quien, a su vez, había recibido ese arte por herencia directa del linaje del sabio rey Salomón, a quien se lo había enseñado la reina de Saba. Ante la sola mención de esos estudios, se iluminaron los ojos del príncipe; puso tanta aplicación desde las primeras lecciones recibidas de Eben Bonabben, que en muy poco tiempo supo del lenguaje de las aves tanto como su propio maestro. Ya no era para Ahmed un encierro lamentable el que vivía en la torre de Generalife; al fin tenía amigos sinceros con los que hablar, compañeros que tan gratamente le daban alivio en su soledad. Su primer amigo fue un halcón que había hecho su nido en una de las almenas de la torre, desde la cual se lanzaba en busca de sus presas. Sin embargo, no tardó mucho el príncipe en considerar poco conveniente aquella amistad, pues le pareció el halcón una especie de pirata de los vientos, fanfarrón y agresivo, que sólo sabía hablar de sus rapiñas y de las carnicerías que hacía, así como de sus lances violentos, muy desagradables.

Hizo luego amistad con una lechuza de cabeza enorme y ojos vivarachos y penetrantes, que parecía muy sabia; se pasaba la lechuza los días mirando de soslayo y parpadeando; no se estaba quieta por las noches, siempre de un lado a otro; se creía en posesión de muchos y profundos saberes; hablaba de astrología, de los poderes de la luna, de ciencias ocultas; naturalmente, se decía ducha en metafísica... Pero Ahmed se cansó muy pronto de ella, porque sus peroratas le parecían aún más aburridas que las del propio Eben Bonabben.

Poco después eligió como amigo a un murciélago que se pasaba el día en el techo, cabeza abajo, y que en cuanto anochecía se deslizaba silencioso para comenzar a revolotear por doquier. Nunca acertaba a expresarse bien; cuanto decía era siempre imperfecto, algo hecho a base de nociones tomadas de aquí y de allá; en realidad no demostraba mayor interés,

ni gusto, por cosa alguna de sustancia.

Después fue una golondrina. Cautivó de entrada al príncipe, pues hablaba con pausa y elegancia, aunque sin dejar de revolotear, mudable e inconstante de tal modo que resultaba imposible deducir algo de interés en lo que al fin y al cabo decía, ni mucho menos de sus sentimientos, pues no paraba. Parecía en el fondo superflua y vanidosa; daba la impresión de saber de todo, pero pronto se dio cuenta el príncipe de que en realidad no sabía de nada.

Ésos fueron los alados seres con los que pudo ejercitarse Ahmed en el arte del lenguaje de las aves. La torre en la que se hallaba recluido era muy alta como para que pudieran alcanzarla otras aves, sobre todos los vivaces pajarillos, por lo que al final se cansó de esos amigos tan poco fiables, que sólo hablaban por hablar, sin nada de provecho que extraer de sus conversaciones, y sobre todo sin nada que le llegara al corazón... Pronto volvió Ahmed a mostrarse doloridamente melancólico. Así pasó el invierno y llegó después la primavera con la esplendorosa magnificencia de sus galas, con la frescura del dulce verdor; llegaron así, también, los días más propicios para que los pájaros se apareasen y buscaran el mejor lugar para hacer sus nidos. Subía a la torre del príncipe, desde los jardines deliciosos del Generalife, una melodía increíblemente hermosa que entonaban al unísono los pájaros y que hacía mucho bien al príncipe pues distraía su tristeza de hombre solitario; por doquier, pues, se dejaba sentir el canto del amor como único tema musical, en una infinita variedad de tonos y trinos pero que parecían uno solo. Amor, amor, amor... Oía el príncipe esa pasión expresada por los pájaros, atento y perplejo, sin acertar a comprenderla en todo su significado. «¿Qué será eso a lo que llaman amor, que tanto oigo y de lo que no sé nada?», se preguntaba Ahmed. Acudió entonces a preguntárselo al halcón, pero semejante rufián le contestó con un desdén infinito:

-Pregúntaselo a las aves pacíficas de la tierra, o a las cobardes, ésas que sirven de presa a un príncipe de los aires como lo soy yo... Yo sólo sé de la guerra y además me gusta... Soy un guerrero implacable y ni sé ni me interesa eso a lo que llaman amor.

Ahmed, aún más triste después de oír decir así al halcón, buscó a la lechuza. «Es ave de costumbres tranquilas y seguro que puede responder a mi pregunta», se dijo. Inquirió de la lechuza, pues, lo que pudiera ser amor, el amor que cantaban los pajarillos en las ramas de los árboles. Empero, la lechuza lo miró con aire de dignidad ofendida y le dijo secamente:

-Tengo todas las horas muy ocupadas; las de la noche, en el estudio y la investigación; las del día, pensando en mi retiro acerca de lo que he estudiado y descubierto... En cuanto a esas aves canoras de las que me hablas, la verdad es que nunca les he prestado atención; me parecen despreciables y me importa tan poco lo que dicen, que preferiría no oírlas... ¡Grande es Alá por no haberme dado la facultad del canto! Prefiero dedicarme a las especulaciones filosóficas y de verdad te digo que no tengo la menor idea de qué es eso del amor.

Miró entonces el príncipe al muy alto techo abovedado de sus aposentos, del que pendía cabeza abajo el murciélago. Le hizo la misma pregunta, y aquél, arrugando su siniestro entrecejo, le respondió con tono áspero y enfadado:

-¿Por qué interrumpes mi sueño con tan estúpida pregunta? Sólo vuelo de noche, bien lo sabes, y es de noche cuando duermen todas las aves, por lo que no me intereso por sus historias... Agradezco a los cielos que no me hayan hecho ni ave ni mamífero, porque, convencido como lo estoy de lo ruines que son unos y otros, los aborrezco a todos, si quieres cordialmente, tampoco hay por qué prestarles mayor atención... En una palabra, no tengo la menor idea de lo que pueda ser el amor. Yo soy un misántropo.

Como último resorte apeló a la facundia de la golondrina, cuyo vuelo detuvo cuando llegaba hasta la torre. Desasosegada, siempre con sus prisas, aseguró que no tenía mucho tiempo para hablar, aunque, así y todo, le dijo lo siguiente:

-Tengo siempre tantas cosas que hacer y me preocupan de tal manera los asuntos públicos, que ni yo misma puedo pensar en eso acerca de lo que me preguntas... Hago mil visitas al día y despacho otros tantos negocios de suma importancia, por lo que no dispongo de un solo instante de reposo, así que no puedo prestar atención al tonto sonsonete de esos pajarillos... Soy una ciudadana del mundo, estoy muy atareada, y ni sé ni me preocupa eso a lo que llaman los pajarillos amor.

Perplejo y desazonado quedó el príncipe tras escuchar a la golondrina. Pero más despertó su curiosidad tanta dificultad para hallar una respuesta a lo que ansiaba saber. Así estaba, debatiéndose de nuevo en una gran melancolía, cuando su preceptor accedió a sus aposentos. No desaprovechó Ahmed la ocasión de exponerle una queja muy sentida.

- ¡Oh, Eben Bonabben! -le dijo-. Me has revelado muchos de los conocimientos del mundo, pero hay algo que ignoro por completo y de lo que quiero que me informes...

-Cuanto esté al alcance de mi limitada inteligencia os será respondido, príncipe.

- Dime entonces, ¡oh, tú, el más sincero de los sabios!, qué es eso a lo que llaman amor...

Es difícil que un rayo hubiese herido al buen Eben Bonabben tanto como lo hizo la pregunta del príncipe. Empalideció el anciano entre temblores y comenzó a sentir que la cabeza se le desprendía de los hombros.

-¿Cómo habéis aprendido esa palabra tan frívola y carente de sentido? -dijo.

El príncipe lo llevó entonces a todas las ventanas de la torre.

- ¿Oyes, Eben Bonabben? -le dijo al cabo.

Escuchó el sabio con atención. El ruiseñor, desde un seto frondoso, cantaba su amor a la rosa; no había rama de árbol, ni boscaje adornado, de los que no salieran melodiosas notas que repetían «amor, amor... siempre amor».

- ¡Alá Akbar! -exclamó el sabio alzando las manos al cielo-. ¿Cómo se puede alejar el amor del corazón humano, cuando hasta los pajarillos conspiran para delatarlo? -tras una cavilosa pausa, se dirigió de nuevo a Ahmed para decirle-: ¡Oh, gran príncipe! Cerrad vuestros oídos a esos engañosos trinos, apartad vuestros pensamientos de ese terrible conocimiento... Habéis de saber que el amor es la causa de más de la mitad de los males que azotan a la desdichada humanidad... El amor es lo que causa el descontento y la separación entre hermanos y amigos, lo que motiva asesinatos a traición y guerras desoladoras; son sus leales súbditos la zozobra y la tristeza, la fatiga en el día y el insomnio inmisericorde en la noche desesperada; el amor abrasa y desazona la alegría de la juventud, marchitándola y haciéndola estéril en su flor, apresurando los achaques y las preocupaciones de la vejez prematura... ¡Que Alá te guarde, príncipe, de eso que llaman amor!

Contrito se fue el sabio Eben Bonabben, dejando a Ahmed sumido en una ansiedad aún mayor. Aunque lo intentaba, no logró el príncipe dejar a un lado su pregunta; dominaba la palabra amor sus pensamientos; agostaba Ahmed, así, su mente en vanas conjeturas, pues no cesaba el armonioso canto de los pajarillos. «No me parecen tristes esos trinos -se decía-. Al contrario, denotan dulzura y alegría... Si el amor es en verdad la causa de tantas malaventuras e infortunios, ¿por qué no se encierran en soledad los pajarillos, o se matan unos a otros, en vez de revolotear tan felizmente o arrimarse con tanto gusto a las flores?»

Reposaba en su diván una mañana, haciéndose el príncipe las mismas preguntas, abierta la ventana a través de la cual le llegaba la dulce brisa embalsamada con la fragancia de los azahares del valle del Darro, mientras se dejaba sentir débilmente el gorjeo del ruiseñor, que no cesaba en la exaltación del amor como tema de sus melodías, y suspiró el príncipe, escuchando con embeleso lo que decía, cuando se produjo un batir de alas en el aire que le hizo alzar la mirada. Una hermosa paloma, a la que perseguía un halcón, entró por la ventana y cayó exánime sobre el suelo, mientras el halcón, viendo frustrado su afán de hacerse con la presa, huyó presto en dirección a las montañas. El príncipe tomó a la paloma entre sus manos, convulsa por el terror de la persecución que sufriera; acarició su plumaje, alisándolo, y la apretó después contra su pecho para darle calor... Luego la puso en una jaula dorada y le dio en sus propias manos el trigo más blanco y el agua más pura... Desdeñaba la paloma el alimento, sin embargo, y con mucha tristeza, como si la embargase un dolor de corazón terrible, comenzó a exhalar apesadumbrados lamentos.

- ¿Qué te ocurre? ¿Tienes algún dolor? ¿Acaso no halla aquí tu corazón cuanto pueda desear? -le preguntó el príncipe.

- No, la verdad es que no tengo aquí lo que más anhelo -dijo la paloma-. Aquí me hallo separada del compañero de mi corazón, ahora que además cuando bulle la alegre primavera,

la dulce estación del amor...

¡Oh, el amor, siempre el amor! -dijo el príncipe-. Dime tú, preciosa paloma, ¿puedes explicarme qué es el amor?

-Sí, príncipe, porque lo sé muy bien... El amor es el tormento de uno solo y la felicidad y el gusto de dos, y la disputa, la enemistad y la antipatía de tres... El amor es un conjuro que une a dos seres antes alejados y los encadena deliciosamente haciendo la dicha de ambos, si están en compañía, y la desdicha si están separados... ¿Nadie hay a quien te unan tan tiernos lazos de afecto?

-Aprecio a mi maestro, el venerable Eben Bonabben -dijo el príncipe-, más que a nadie... Pero a veces me resulta muy aburrida su amistad y me encuentro más feliz a solas conmigo mismo...

-No es ése el cariño al que me refiero -le replicó la paloma-. Hablo del amor, el gran y más misterioso principio de la existencia, el festín embriagador de la juventud, el deleite apacible de la edad madura... Mira en derredor tuyo, príncipe, y contempla en la bendita primavera cómo se entrega al amor la naturaleza toda... No encontrarás un ser viviente que no esté acompañado; las avecillas más modestas cantan a su amado, las mariposas juguetean enamoradas y se entrelazan y besan en el aire... Hasta los escarabajos se galantean en el polvo de los caminos... ¿Cómo has podido pasar tantos días de tu preciosa juventud sin saber del amor, príncipe? ¿No tienes a tu lado una adorable criatura del otro sexo, una princesa tan encantadora como tú, una dulce doncella que haya unido su corazón al tuyo, llamando a tu pecho con un suave y dulcísimo tumulto de pesadumbres encantadoras y de íntimas y encendidas ansias?

- Empiezo a comprender -dijo el príncipe tras exhalar un largo suspiro- lo que es el amor... He sentido ese tumulto en mi pecho, aunque sin saber qué lo causaba... Pero, dime, paloma... En esta espantosa soledad en que me hallo, ¿qué puedo hacer para encontrar el objeto de mi amor?

Siguió una breve conversación entre ambos, que fue la primera lección sobre el amor que recibiera el príncipe.

- ¡Si es como lo cuentas -dijo Ahmed, gozoso-, si el amor es ese delicioso encantamiento del que hablas, y la separación de los enamorados hace la vida miserable, que Alá prohíba que sea yo quien deshaga el hechizo de los amantes!

Abrió la jaula, tomó la paloma entre sus manos, la besó con mucha ternura, y poniéndola en el alféizar de la ventana le dijo:

-¡Vuela, ave feliz, disfruta de la primavera y goza del esplendor de tu juventud en compañía del elegido de tu corazón! ¿Por qué he de tenerte conmigo en esta torre a la que el amor tiene prohibida su presencia?

Batió con placer sus alas la paloma, describió un círculo en el aire para despedirse de su buen amigo, y se dirigió feliz a las floridas márgenes del Darro. Ahmed la siguió con los ojos hasta que se perdió en la lejanía. Y volvió a sentirse solo y triste, con el ánimo amargo. «Amor, amor, amor...», seguían cantando los pajarillos. Pero aquel canto, que antes regocijara al príncipe, ahora le causaba un gran abatimiento. «¡Qué triste juventud la mía!», se decía el solitario Ahmed mientras seguía produciéndose la jubilosa algazara de los pájaros.

Parecían echar fuego sus ojos cuando se llegó hasta sus aposentos, poco después, el sabio Bonabben. Clamó entonces el príncipe con voz lastimera y altiva:

-¿Por qué me has tenido en tan abyecta ignorancia? ¿Por qué me has ocultado ese gran misterio y principio de la vida que hasta el insecto más insignificante conoce? Observa... Escucha... No hay criatura que no goce en la compañía de otra... ¡La naturaleza entera es un festín de amor, de ese amor que te pedí me explicaras! ¿Por qué he de mantenerme yo apartado de esas delicias? ¿Por qué he tenido que desperdiciar muchos días de mi juventud? ¿Por qué no se me ha permitido disfrutar de los éxtasis y arrebatos del amor?

El buen Bonabben comprendió que era inútil seguir como hasta aquel día, pues ya era dueño el príncipe Ahmed del peligroso conocimiento que le había sido vedado. Le reveló, pues, las predicciones de los astrólogos y las precauciones que se habían tomado en su

educación, a fin de evitar los malos augurios anunciados por los magos.

-Príncipe, mi vida está ahora en vuestras manos -le dijo-. Tan pronto sepa el rey, vuestro padre, que habéis aprendido la pasión del amor estando bajo mi custodia, responderá mi cabeza del enfado que lo aliente...

El príncipe, sin embargo, era muy razonable, a pesar de su juventud, y como los demás jóvenes de su edad, atendía fácilmente las indicaciones que su preceptor le hacía. Sentía además un gran afecto por Bonabben, y sabiendo ya lo que era el amor, o conociendo al menos su teoría, decidió, para que no corriese peligro la cabeza de sabio, conocer por sí mismo cuanto aquella pasión pudiera depararle en la práctica.

Tendría que someterse la discreción del príncipe, sin embargo, a duras pruebas. Estaba una mañana caminando por las altas almenas de la torre del Generalife cuando vio volar hacia allí a un ave, que acabó posándose con absoluta confianza en uno de sus hombros. Era la paloma a la que había salvado del halcón y a la que después puso en libertad para que pudiera gozar del amor.

-¡Feliz tú! -le dijo el príncipe con el corazón henchido de gozo-. Sí, feliz tú, que puedes volar en la hermosa mañana... ¿Dónde has estado desde que nos despedimos?

-En un lejano país, del que regreso para traerte noticias -le respondió la paloma-, agradecida por la libertad que me diste hace unos días... En mi vuelo sobre colinas y llanuras para llegar más pronto a mi nido de amor, avisté un jardín deleitoso, con toda clase de frutas y de flores... Está en un verde prado al que bañan las plateadas aguas de un arroyo y se alza en el centro un palacio suntuoso... Como estaba cansada, abatí mi vuelo y descendí hasta una glorieta, bajo cuya bóveda vi a una prin

cesa, la más dulce y hermosa, en la sazón de su juventud exquisita... La rodeaban varias doncellas, igualmente jóvenes, que la adornaban con guirnaldas y flores los cabellos... Pero ninguna flor puede comparársele en hermosura... Sin embargo, la princesa tiene que lucir en secreto sus encantos, pues el jardín está rodeado de altos muros y no se consiente que lo frecuente hombre alguno que pueda verla... Contemplándola en toda su belleza me acordé de ti, pues supe que es la criatura creada por los cielos para inspirarte el amor, príncipe Ahmed.

Aquella noticia inflamó el corazón del príncipe. Su temperamento ansioso de las placenteras venturas del amor tomó de inmediato a la princesa que así le describiera la paloma por el objeto merecedor de su ternura... Presto escribió una carta, con las palabras más ardientes, haciendo saber a la princesa de su anhelo fervoroso por ella, que le hubiera puesto ya a sus pies, rindiéndole admiración y entrega, si no se lo impidiese la cautividad infame en la que estaba. Llenó además la carta de versos que, guiados por el sentimiento que sentía bullirle en el pecho, resultaban los más inspirados y elocuentes, pues no en vano era el príncipe un poeta por naturaleza. Dirigió su misiva a «la desconocida belleza, del cautivo Ahmed», y besándola y perfumándola con rosas y alcaravea, la confió a la paloma.

-Ve y llévala a la princesa, tú que eres mi más fiel mensajera -dijo a la paloma-. Vuela sobre la montaña y el valle, sobre el río y la llanura, y no descanses en ramas ni bosques, ni pliegues las alas, ni te poses en tierra, hasta que hayas puesto esta carta en las manos de la dueña de mi corazón.

Pronto levantó el vuelo la paloma y cruzó los aires como una flecha, mientras la seguía el príncipe con mirada expectante hasta que pareció sólo un lunar en una nube, antes de perderse tras una montaña.

Día tras día aguardó Ahmed el regreso de su mensajera de amor, pero en vano... Comenzaba a acusar de inconstante y mala cumplidora a la paloma una tarde, mientras el sol ya teñía de púrpura el occidente, cuando llegó hasta su ventana para caer muerta a sus pies... Un arquero, que al parecer no tenía ganas de seguir ocioso, le había atravesado el corazón, mas, herida de muerte y todo, luchó la paloma con sus últimas fuerzas para cumplir la misión encomendada. Cuando el príncipe, apenado al ver el hilillo de sangre que teñía sus plumas, se inclinó para recoger a la mártir de la lealtad, vieron sus ojos un collar de perlas que tenía el ave en su cuello, y al que iba unida, y oculta bajo el ala, una miniatura... Era el retrato de una princesa hermosísima y joven, la bella del jardín, sin duda alguna... Pero, ¿quién era? ¿Dónde

Librodot

estaba? ¿Había recibido su misiva de amor y le hacía llegar en prenda su retrato? La muerte de la paloma dejaba sin respuesta tantas preguntas, encerradas en la duda y en el misterio.

No dejaba de contemplar Ahmed la miniatura y de repente sus ojos se le llenaron de lágrimas sin que supiera por qué... ¿Eran una consecuencia del amor? Llevó entonces el retrato miniado hasta sus labios, lo besó y luego lo puso sobre su corazón... Después siguió contemplándolo durante horas. «¡Una imagen encantadora, sí, pero sólo eres eso, una imagen», pensó, pero arrepentido al instante siguió hablando para sí: «Mas tus ojos, llenos del rocío de la aurora, me bañan con su brillo; tus labios rojos me dicen palabras que no oigo, pero que me llegan al fondo del corazón y me dan ánimos... ¡Vana ilusión! ¿No han mirado acaso esos ojos tuyos con igual ansia a cualquier otro rival, más afortunado que yo porque recibió el fuego que de ellos brota?»

Hizo una pausa llena de suspiros, y prosiguió, ahora en voz alta:

-¿Y dónde morará mi princesa, dónde encontrarla en esta tierra sin confín? ¿Qué sé yo de las montañas que nos rodean y dividen, de los reinos que nos separan, del adverso destino que nos distancia? Quizás ahora mismo la cortejen enamorados valientes y libres... Yo, prisionero en una torre, no puedo más que rendir admiración a su imagen miniada por el pincel.

Tomó el príncipe de inmediato una decisión. Su suerte estaba echada. «Huiré de este palacio, que es ya para mí la cárcel más odiosa; peregrino de amor, buscaré a mi desconocida princesa a lo largo y ancho del mundo», se dijo. Pero huir de la torre a plena luz del día, cuando los centinelas estaban alerta, era cosa poco menos que imposible... La noche, sin embargo, brindaría mayores facilidades al inicio de su aventura. De noche apenas tenía guardias el palacio, pues nadie suponía que el príncipe albergara la idea temeraria de fugarse, él que tan apacible y mansamente había pasado allí los años... ¿Y cómo conducirse a oscuras, desconocedor como era de todo cuanto no fuese la torre, y sobre todo, desconocedor de lo que había más allá de los muros del jardín? Se acordó entonces de la lechuza, a buen seguro familiarizada con los caminos más ocultos; la buscó en su retiro y le habló francamente de lo que pretendía; la lechuza adoptó entonces un aire de sabiduría superlativa y le dijo así:

-Debes saber, ¡oh, príncipe!, que las lechuzas formamos una familia extensa e importante, y que en toda España poseemos palacios y castillos en ruina, lo que denota, debo admitirlo, una cierta decadencia... Pero te aseguro que no hay torre en las montañas, ni ciudadela en el llano, ni fortaleza en la ciudad, en la que no more alguna de nosotras, alguien de mi gran familia... Mis visitas a esos lugares me han procurado un excelente conocimiento de cada rincón, de cada cornisa, de cada muro en el que ocultarse... Así que, tenlo por seguro, nadie mejor que yo sabe los secretos de todas esas regiones...

Aquello animó mucho al príncipe, pues la lechuza se mostraba como una gran conocedora de la topografía. Por eso se atrevió a desvelarle el secreto de su amorosa pasión, motivo de que proyectase la fuga de la torre, no sin pedirle encarecidamente que le sirviera de compañía y consejera.

-¡Anda ya! -le dijo con desprecio-. ¿Crees que voy a mezclarme en una historia de amores, yo, que dedico todo mi tiempo a la meditación y al estudio de la luna?

- No te ofendas, respetable lechuza -trató de calmarla Ahmed-, pero creo que podrías dejar a un lado, por corto tiempo, tus reflexiones y estudios, para prestarme la ayuda que te pido... Si lo haces, te daré en pago lo que quieras...

- Tengo cuanto deseo, no necesito más... Con unos ratoncillos me basta para servir mi frugal mesa, y con un simple agujero en una pared tengo ya el lugar perfecto para dedicarse al estudio... ¿Qué más habría de necesitar alguien que, como yo, se dedica a la meditación filosófica?

- Piensa, tú, la más sabia de las lechuzas, que el mundo apenas tiene noticia de todos tus talentos, ni mucho menos de los muy profundos estudios que haces sobre la luna... Cuenta, además, con que algún día reinaré y podré darte un puesto del máximo honor y de la mayor dignidad en mi corte...

Aquello hizo que la lechuza comenzara a cambiar de opinión; aun dedicada a la filosofía

y sintiéndose por encima de las cosas de la vida común, era un ser ambicioso. Decidió prestar su ayuda al príncipe, sirviéndole de guía y mentor en su peregrinación amorosa.

Un enamorado ejecuta sus planes con la mayor rapidez. Tomó el príncipe sus joyas y algunos haberes para satisfacer los gastos que pudieran presentársele en el periplo, y no mucho más tarde, cuando ya era de noche, se deslizó por un balcón de la torre, haciendo uso de sus chalinas para ello, salvó las murallas del Generalife, y antes del amanecer ya se había perdido por las montañas, aconsejado en todo momento por la lechuza acerca de cuál era la senda más idónea.

-Si me lo permites -le dijo la lechuza-, te recomiendo dirigir tus pasos hacia Sevilla... Allí visitaba yo hace años a un tío mío, un búho de mucha autoridad y renombre, que vivía en uno de los pabellones en ruinas del Alcázar... Siempre veía, en mis rondas nocturnas por la ciudad, una lucecita brillando en una torre solitaria... Una noche, llevada de la natural curiosidad, descendí sobre la almena y me aseguré de que era, como lo había supuesto, la lámpara de un mago árabe... Me oculté para observarle mejor... Lo vi, en efecto, rodeado de sus libros; en su hombro se posaba un amigo inseparable, un cuervo que había traído de Egipto... Pues bien, soy amiga de ese cuervo y le ofrezco para su conocimiento muchas de las cosas que descubro, mis propios saberes... Aquel mago murió hace tiempo pero el cuervo sigue morando en la torre... La de los cuervos sí que es una familia maravillosa, viven tantos años... Te aconsejo, príncipe, que acudas a mi amigo, porque es un gran adivino y hechicero que maneja con gran sabiduría las ciencias más ocultas, una erudición en la que tienen justa fama las aves de su familia, sobre todo las que vienen de Egipto.

El príncipe no echó en saco roto aquel consejo, y maravillado por la sabiduría que se desprendía de lo dicho por la lechuza puso rumbo a Sevilla... Viajaba siempre de noche para que la lechuza se sintiera cómoda y pudiese ayudarle convenientemente, y dormía de día en cualquier cueva o torreón en ruinas que encontrara en los caminos, o mejor dicho, que le buscara la lechuza, pues conocía bien, como le había anunciado, cualquier lugar que pudiera servir de escondrijo. Calibraba la lechuza la calidad de las ruinas como si fuera el más ducho de los anticuarios.

Al fin llegaron una mañana a Sevilla, a la hora del desayuno... A las puertas de la ciudad, la lechuza, que odiaba las multitudes, las calles llenas de gente, prefirió no entrar e irse a un árbol frondoso para aguardar allí la llegada de la noche. El príncipe, por el contrario, cruzó la puerta... Pronto vio la torre mágica erigida muy por encima de las casas de la ciudad, como las palmeras sobre las arenas del desierto... Era la torre que aún se alza majestuosa en nuestros días, la famosa torre mora llamada Giralda.

Subió el príncipe por una larga escalera de caracol hasta la cúspide de la torre; allí se encontró al cuervo cabalístico, viejo, misterioso, un tanto adusto, mas venerable en su ancianidad; blanca su cabeza por el paso de incontables años, pobre ya el plumaje por lo mismo, y tuerto de un ojo, lo que le daba una apariencia realmente espectral. Se sostenía sobre una pata, ladeada su cabeza y fijo el ojo sano en un diagrama hecho en el pavimento.

Se le acercó el príncipe, con mucha reverencia y suaves maneras, lo propio ante alguien de tan provecta edad y reputada sabiduría.

-Perdona que te moleste -le dijo el príncipe-, sabio y muy respetable cuervo; discúlpame por interrumpir tus estudios, que maravillan a todo el orbe, pero soy un devoto del amor y acudo a ti en busca de consejo para hallar la felicidad, el objeto de mi pasión...

-En otras palabras -dijo el cuervo mirándole de arriba abajo-, que quieres poner a prueba mis dotes de quiromante... Bien, pues no hables más y muéstrame la palma de tu mano, que yo descifraré el misterio de tu sino, oculto en sus líneas.

-No, no deseo saber los secretos del hado que Alá esconde a la visión de los mortales; soy sólo un peregrino de amor y no busco más que la senda que me lleve al final de mi peregrinación.

-¿Y crees que la amorosa Andalucía pondrá inconvenientes al propósito de tu peregrinación? -le dijo el cuervo echándole una mirada burlona-. ¿Crees que ocurrirá tal cosa en esta muy licenciosa Sevilla, donde tras los naranjos se esconden las más seductoras

doncellas de ojos negros, las que mejor bailan la muy lasciva y embriagadora zambra?

-Créeme, no me trae a verte ninguna de esas aventuras que insinúas... Esas doncellas andaluzas de ojos tan negros como el endrino, y que bailan la zambra entre los naranjos del Guadalquivir, nada me importan... Busco a una desconocida de belleza inmaculada... Mira, peno por encontrar el original de este retrato miniado... Acudo a ti, pues, poderoso y sabio cuervo, para que me digas dónde podré encontrarla, si tal conocimiento se cuenta entre los tuyos.

El cuervo, algo molesto, sacudió su blanca cabeza y le respondió en tono sarcástico:

-¿Crees que yo tengo tratos con la juventud y con la belleza? Yo sólo alcanzo a ver lo viejo, lo marchito, lo corrompido, lo agotado... La tersura y el vigor me son ya lamentablemente ajenos; soy el presagio del destino y grazno augurios de muerte desde las chimeneas, y sacudo mis alas en los balcones de los moribundos... Me parece que tendrás que buscar en otra parte esas nuevas sobre las que me preguntas.

-¿Y dónde he de buscarlas, si no es entre los hijos más preclaros de las ciencias, versados como tú en el libro de la fortuna y el porvenir? Te hago saber que soy un príncipe que algún día será rey, predestinado por el curso de las estrellas y enviado por ellas a esta empresa misteriosa en la que me afano, pues acaso de su final feliz dependa la suerte de nuestros imperios.

Cuando oyó el cuervo mentar a las estrellas y su influjo, cambió su tono y sus modales y escuchó con gran atención lo que empezara a decirle Ahmed el Kamel, sobre todo lo referido a la misteriosa princesa. Acabó el príncipe su relato y obtuvo del cuervo esta respuesta:

-Nada puedo decirte de esa princesa, porque nunca vuelo sobre jardines y glorietas reservadas a las damas... Te recomiendo, sin embargo, que tomes el camino que lleva a Córdoba; una vez allí, busca la palmera del gran Abderramán, que se levanta en el patio de la mezquita principal, y al pie de la palmera encontrarás a un gran viajero que ha visitado todos los países y todos los reinos, y que ha sido favorecido especialmente por las reinas y las princesas... Inquiere de él lo que ansías, pues estoy seguro de que sabrá darte las nuevas que precisas.

-Te agradezco mucho tan preciosa información -dijo el príncipe-. Hasta siempre, venerable hechicero...

-Hasta siempre, peregrino de amor -le respondió el cuervo con una reverencia y se entregó de nuevo al estudio de aquel diagrama.

Pronto abandonó el príncipe Sevilla, buscó a la lechuza que aún dormía en el tronco hueco de un árbol, y tomaron el camino que conducía hasta Córdoba, pasando por jardines de increíble belleza y por bosques de azahares y limoneros, los que crecen lujuriantes por todo el hermoso valle del Guadalquivir.

Ya en Córdoba, la lechuza hizo lo mismo que cuando arribaron a Sevilla; apenas avistaron las puertas de la ciudad voló hasta un hueco en las murallas para reposar, mientras el príncipe apretaba el paso, ansioso de llegar hasta la palmera que en tiempos muy lejanos plantara el poderoso Abderramán. La encontró donde le dijera el cuervo, en medio del gran patio de la mezquita, altiva entre los naranjos y los cipreses. Bajo los claustros del patio había sentados grupos de derviches y de faquires; muchos creyentes hacían sus abluciones en las fuentes, antes de entrar a la mezquita.

Al pie de la palmera una multitud escuchaba la palabra vehemente de un hombre. «Debe de ser el gran viajero que me dará noticias de la princesa», se dijo el príncipe. Se mezcló entre la muchedumbre, pero cuál no sería su sorpresa al comprobar que no oían los fieles a un hombre, sino a un loro de muy verde plumaje, impertinente mirada y moño pomposo... Desde luego, era, sin duda alguna, el ave más pagada de sí misma que había visto jamás.

- ¿Cómo es que este charlatán reúne a tanta gente? -preguntó el príncipe a uno de los allí congregados.

-No sabes de quién hablas -le dijo el otro-. Este loro desciende de los famosos loros de Persia, los mejores narradores de historias del mundo... Este loro tiene en su lengua toda la

sabiduría del Oriente, y lo mismo es capaz de expresarla en prosa que declamando poesías, como el más culto de los hombres. Ha visitado infinidad de cortes extranjeras, donde se le tiene por un oráculo de erudición plena, y damas del más alto rango de muchos países lo tomaron por su compañía predilecta.

- Bien, pues tengo que hablar en privado con tan distinguido viajero -dijo el príncipe.

Consiguió acceder al loro para pedirle una entrevista sin testigos, procediendo a explicarle la razón de su viaje. Apenas oyó dicha razón el loro, se echó a reír como un loco, estridentemente, lo que hizo llorar con amargura al príncipe Ahmed, que se creía objeto de burla.

- Perdona -le dijo el loro al verlo triste-, pero es que, en cuanto me hablan de amores, no puedo aguantarme la risa...

Sus palabras entristecieron aún más al príncipe, que, no obstante, pudo decir:

-¿No es el amor el gran misterio de la naturaleza, el principio más cierto y a la vez secreto de la vida, el lazo universal de los afectos?

-¡Vaya tontería! -gritó el loro-. ¿Dónde has aprendido todas esas necedades sentimentaloides? Créeme... El amor es cosa de otros tiempos; las personas educadas y con talento ya no hablan de eso...

Exhaló un suspiro desasosegado el príncipe, tratando de hallar consuelo en el recuerdo de las cosas tan dulces que le había dicho la paloma a propósito del amor... Aquel loro, por el contrario, y acaso porque había visitado en verdad tantos reinos y palacios, parecía un petulante afectado, como si se le hubiese pegado la ironía común y el desapego de los cortesanos, y se burlaba del amor quizás por no haberlo sentido jamás. No obstante, deseoso de evitar que el otro lo ridiculizara de nuevo, habló de inmediato el príncipe del objeto de su viaje. Preguntó al loro por la princesa, mostrándole su retrato.

- ¿Podrías decirme, sabio loro, tú que has sido favorito en muchas cortes, tú que has prestado consuelo a las damas que en ellas esconden su soledad y su tristeza, si en el curso de alguno de tus viajes has visto a esta doncella?

Alargó el loro una de sus garras, tomó entre ellas la miniatura y la miró con harta curiosidad durante un buen rato.

- De veras que es un rostro bellísimo y encantador, muy encantador -le dijo al fin-, pero son tantas las hermosas doncellas que he conocido, que ahora mismo... ¡Sí, claro que sí! -clamó de repente, muy contento-. A ver, deja que lo mire de nuevo... ¡Claro, pero si es la princesa Aldegunda, seguro que es ella! ¿Cómo no habré caído antes, yo que fui su favorito?

-¡La princesa Aldegunda! -repitió el príncipe-. ¿Dónde puedo encontrarla?

-Tranquilo, tranquilo -le recomendó el loro, súbitamente precavido-, que te será más fácil verla que ganártela... Es la hija única de un rey cristiano que reina en Toledo; vive aislada del mundo pues aún no ha cumplido los diecisiete años, y al nacer ella, esos seres pretenciosos y entrometidos que son los astrólogos dijeron que no podría conocer la vida antes de esa edad... Pero mucho me temo que no lograrás verla; jamás lo ha conseguido hombre alguno. Para que entretuviera sus horas me llevaron a donde la tiene en cautiverio el rey, su padre, y puedo asegurarte que he conocido a princesas que, no obstante ser mundanas y frecuentar la corte, no alcanzan ni su discreción ni la sabiduría que atesora la hermosa Aldegunda.

-En confianza, loro amigo, te diré que soy heredero de un reino, que un día me sentaré en un trono -le confesó Ahmed, para ganárselo-. Ya veo que eres ave de importancia y talento, y que conoces bien el mundo... Si me ayudas a conquistar el corazón de esa doncella te reservaré un puesto de la mayor confianza en mi corte.

-Te prestaré ayuda sinceramente, de todo corazón, pero que mi recompensa sea una sinecura, pues nosotros, los que de verdad tenemos talento y sabiduría, despreciamos el trabajo como no está escrito...

Pronto estuvo el príncipe presto para partir. Dejó atrás Córdoba por la misma puerta por la que entrara, llamó a la lechuza e hizo las oportunas presentaciones para que el nuevo compañero de viaje y ella se conocieran. Presentó al loro como otro sabio, y sin más

comenzaron a poner tierra de por medio.

Iban más despacio de lo que el impaciente príncipe quería, pues el loro estaba tan hecho a las costumbres de la alta sociedad que no apetecía levantarse con el amanecer... La lechuza, por su parte, tenía que echar un sueño al mediodía, para reponer fuerzas, y se las veía y deseaba Ahmed para atender a las necesidades o a los caprichos de ambos. Por otra parte, la lechuza no quería desaprovechar la más mínima enseñanza que el viaje pudiera deparar a sus acompañantes, por lo que se detenía largamente ante cualesquiera ruinas, y no hubo ni torreón ni castillo que no investigase a fondo y de los que no contara mil y una anécdotas, legendarias o fabulosas. Había supuesto el príncipe que la lechuza y el loro se harían amigos, pues eran sabios los dos, pero nunca imaginó que se equivocara de tal manera... No hacían más que disputar y enfrentarse. El loro no perdía ocasión de hacer patentes su talento y su ironía, y la lechuza, sus saberes filosóficos; el loro declamaba versos, censuraba con acritud las nuevas doctrinas filosóficas, demostraba su saber acerca de las cosas más fútiles, ligeras y mundanas... La lechuza tenía todo eso, sin embargo, por cosas de poco fuste y ningún valor, produciéndose a continuación en hondas meditaciones de corte metafísico, reduciendo toda experiencia de la vida al tamiz de la especulación abstracta... Cuando el loro la oía disertar, se ponía a cantar coplas, algunas de mal gusto, y a decir chistes o a gastar bromas a cuenta de la lechuza, riendo escandalosamente sus propias ocurrencias. La lechuza, claro, tomaba esa actitud por una ofensa a su dignidad, y se volvía huraña, soberbia y engreída.

Procuraba el príncipe no prestar mayor atención a las disputas de sus compañeros de viaje, dándose por el contrario a sus fantasías de enamorado y a la contemplación, a cada poco, del retrato de la amada. Así cruzaron los duros y escarpados pasos de Sierra Morena, las áridas llanuras de La Mancha y de Castilla, y midiendo las riberas del dorado Tajo, que riega con sus serpenteantes laberintos plenos de encanto media España

y medio Portugal, divisaron al fin una hermosa ciudad amurallada, repleta de torres y de atalayas, levantada sobre un promontorio a cuyos pies el Tajo se arremolina en tan alborotada como alegre y dulce corriente.

- Mirad -dijo la lechuza-, ahí está la luminosa y renombrada Toledo, ciudad célebre por su antigüedad y por la historia que atesora... Contemplad con embeleso esas sus cúpulas de maravilla y las torres acariciadas por la pátina sabia de los tiempos, en todo su esplendor y revestidas del poder legendario que tanto ha llamado al estudio a mis más conspicuos antepasados.

- ¡Bah! ¡Menuda cosa que nos descubres al cabo de los años! -replicó el loro, interrumpiendo el solemne discurso de la lechuza-. ¿Qué nos importan las leyendas de otros tiempos, nuestros antepasados, todo eso? -miró entonces al príncipe y prosiguió-: Mejor interésate por la morada de la juventud y la belleza, príncipe; piensa sólo en tu adorable doncella.

Puso los ojos Ahmed en la dirección que le señalaba el loro, y vio, sobre una pradera de un verdor extraordinario, en las mismas márgenes del Tajo, un palacio tan sobrio como imponente que se alzaba entre la arboleda de un precioso jardín. Era el palacio descrito por la paloma, y al príncipe comenzó a brincarle el corazón en el pecho, henchido de gozo. «Quizás ahora mismo -se dijo- la sombra de los árboles acaricia a mi princesa, o pasee tan dulce doncella por las azoteas, o repose bajo los altos techos de sus aposentos». A medida que iban aproximándose, percibió Ahmed que eran tan altos los muros del jardín que difícilmente podría, escalarlos. Y que los recorrían centinelas en armas.

-Tú, elegante ave que tienes el don de la palabra humana -dijo entonces al loro-, entra en ese jardín, busca a la dama dueña de mi alma y dile que el príncipe Ahmed, el peregrino de amor, anhela prosternarse a sus pies, pues ha llegado hasta su morada para cumplir el designio de las estrellas.

El loro, orgulloso a más no poder por su embajada, voló al jardín, y tras posarse en una y otra enramada y en uno y otro árbol, voló sobre los muros hasta posarse en una balconada de un pabellón que daba al río. Miró en todas las direcciones hasta que avistó a la princesa, reclinada en una otomana, leyendo una carta con los ojos llenos de lágrimas. Ahuecó el loro

sus alas, ajustó su verde plumaje, y alzando el moño se presentó ante ella.

- Seca tus lágrimas, tú, la más hermosa de todas las princesas, pues vengo a procurarte el solaz que te falta -le dijo.

- ¿Qué consuelo puedes darme tú, un simple loro?

Aquello, desde luego, no gustó al loro, que respondió tratando de contener su enfado.

- He dado consuelo a muchas hermosas doncellas -dijo-, pero dejémoslo... Estoy aquí como embajador de un príncipe; Ahmed, príncipe de Granada, ha venido a buscarte y a la espera de lo que para él me digas aguarda en las exuberantes riberas del Tajo.

Los ojos de la hermosa princesa brillaron más que la diadema de diamantes que recogía sus cabellos.

-¡Oh, mi dulce y querido loro! -exclamó gozosa-. No sabes cuánto me alegran tus noticias, pues me sentía ya débil y cansada, agonizando en mi dolor, temiendo por si el príncipe Ahmed se había olvidado de mí... Ve rápidamente a decirle que no hay palabra de su amorosa carta que no esté ya grabada en mi corazón... Y dile también que sus versos son el mayor alimento de mi alma... Pero también avísale de que ha de sostener su amor por mí defendiéndolo con las armas, pues mañana cumpliré diecisiete años y para celebrarlo ha dispuesto mi padre unas justas, ofreciendo mi mano a quien salga vencedor.

Presto levantó el vuelo el loro para regresar cuanto antes a la arboleda donde aguardaba Ahmed. Sólo quienes han sido tocados por el amor podrán comprender cuán enajenado de gozo se sintió el príncipe al saber que en efecto la princesa era la hermosa joven del retrato... Mas había un impedimento, en apariencia insalvable... Las justas... Así, brillaban ya las armas sobre las riberas del río y asaeteaban el aire los clarines de los caballeros, cuyos heraldos y séquitos paseaban su orgullo campante por Toledo, a la espera del ceremonial que iba a celebrarse al día siguiente. La misma estrella que había gobernado los destinos del príncipe Ahmed imperaba en los de la princesa, ajena hasta entonces a la pasión amorosa. Aquel su encierro, precisamente, era lo que había hecho crecer la fama de su hermosura, en vez de aplacarla; pretendían varios caballeros, príncipes de poder, su mano, y el rey, un hombre sagaz, para no enfrentar su reino con otros por la mera concesión caprichosa de la mano de su hija a uno u otro príncipe, prefirió el arbitrio de las armas. Entre los caballeros que se disponían a librar las justas había varios que ya habían demostrado más que sobradamente sus proezas...

¡Qué amargo trago para el infeliz Ahmed, desarmado como iba y además por completo ignorante de los asuntos de la caballería! «Pobre príncipe el que es retirado del mundo y con la sola instrucción de un filósofo», se dijo lastimero. «¿De qué me valen ahora el álgebra y la metafísica, cuando en el amor me debato? ¿Por qué no me adiestró el buen Eben Bonabben en el uso de las armas?»

La lechuza, que sospechaba cuáles eran los motivos de la amargura del príncipe, rompió el silencio en el que llevaba largo rato; devota musulmana, no quiso dejar de invocar a Alá para insuflar ánimos al príncipe.

-¡Alá Akbar! ¡Sí, Dios es grande! -gritó-. En sus manos guarda el secreto de todas las cosas y sólo él rige el destino de los hombres. Ten por seguro, ¡oh, príncipe!, que los alrededores de Toledo se hallan preñados de misterios ignorados por todos, menos por los que, como yo, saben profundizar en los arcanos de la sabiduría... En esas montañas que allí ves hay una cueva, en ella una mesa de hierro, sobre la mesa una armadura mágica, y al lado un alazán embrujado, guardado allí todo durante generaciones.

Las palabras de la lechuza maravillaron al príncipe. La lechuza, al verlo más contento, prosiguió:

-Durante muchos años acompañé a mi padre en sus viajes por esos montes y vivimos algún tiempo en la cueva. Por eso pude desentrañar, al fin, sus misterios. Cuenta una tradición que gustaba de repetir mi familia, una leyenda que yo escuché a mi abuelo cuando aún era yo una lechuza pequeña, que esa armadura perteneció a un mago árabe refugiado en la cueva cuando los cristianos se apoderaron de Toledo; un mago que murió allí, dejando su caballo y sus armas bajo este hechizo místico: «Nadie que no sea musulmán podrá montar este alazán ni

servirse de las armas, y aun el musulmán que lo haga, sólo tendrá consigo el poder del sortilegio desde la aurora al mediodía; en ese tiempo, el que monte en el alazán y use mis armas, derrotará a su contrario, no importa quién sea».

-No necesito que me cuentes más -dijo Ahmed-. ¡Llévame a esa cueva!

Guiado por su legendario mentor, encontró el príncipe la cueva en una de las sinuosidades más intrincadas de las rocas escarpadas que se yerguen alrededor de Toledo. Sólo quien poseyera los ojos de un ratón, como la lechuza o un anticuario, hubiera podido descubrir la entrada.

Una lámpara sepulcral, de aceite inextinguible, alumbraba con pavorosos reflejos el lugar. Sobre una mesa de hierro que estaba en el justo centro de la cueva se veía majestuosa la armadura del guerrero moro, a su lado la lanza, y junto a la mesa, enjaezado para entrar en combate, un alazán árabe, que aunque era fogoso, merced al influjo del hechizo parecía una estatua. La armadura tenía un brillo inmaculado, como si fuera nueva; el alazán, cual si acabara de ser ensillado, apenas le acarició el cuello Ahmed, piafó y relinchó con alegría, e hizo sentir sus cascos de tal forma sobre el suelo, que retumbó la cueva hasta en el último rincón. Así, con un caballo a su disposición, y con las armas necesarias, decidió Ahmed armarse caballero y tomar parte en las justas.

Llegó la mañana señalada para el evento. El lugar donde se librarían los combates, dispuesto ya en la vega, al pie de las murallas de Toledo, lucía espléndido con galerías engalanadas, sus gallardetes y estandartes, con sus tapices y toldos de seda. Allí se ponían las damas de la corte y las damas más importantes de la ciudad; más abajo, montones de caballeros ufanos, presumiendo de sus caballos, de sus ropajes, de las plumas de sus sombreros, de sus pajes y de sus escuderos; entre ellos destacaban los príncipes que iban a librar las justas.

Entre todas las bellezas femeninas que allí había, sin embargo, ninguna como la princesa Aldegunda, ante cuyo esplendor todas las demás damas empalidecían. Era la primera vez que el mundo la veía y la primera vez, también, que ella salía al mundo... Un murmullo de admiración se dejó sentir cuando las gentes pudieron contemplarla. Cautivó a todos su dulzura; los príncipes que contendían por su mano, y que hasta entonces sólo habían oído hablar de su hermosura, se juraron en lo más íntimo hacer hasta el último de los esfuerzos, por imposible que les resultara perseverar en el combate, con tal de tenerla por esposa.

La princesa, sin embargo, dio pronto muestras de desazón. Se le iba y le volvía de continuo el color de las mejillas, y su mirada nerviosa se fijaba en uno y otro de los caballeros, tratando de descubrir al príncipe que le había robado el corazón. Iban ya a sonar las trompetas para que comenzaran las justas, cuando anunció el heraldo la llegada de un caballero que venía de lejanas tierras. Ahmed hizo su entrada en el campo. Un yelmo de acero esmaltado de piedras preciosas le sobresalía del turbante; su armadura, recamada de oro, competía con el brillo del mismo sol; la cimitarra y su daga, hechas antaño en Fez, lucían brillantes y esmeraldas en la empuñadura; un broquel sobre sus hombros y la mágica lanza en la mano. Ricamente bordado el jaez de su alazán, barría el suelo el caparazón mientras el hechizado y noble bruto, ensoberbecido al pisar de nuevo un campo de batalla y al contemplar aquel despliegue de armas, resollaba con fuerza y vibraba hasta en la última fibra de sus músculos. No podía pasar inadvertida la estampa bizarra de Ahmed, y pronto ganó la atención de todos; cuando se hizo su proclamación, anunciándole como El Peregrino del Amor, un murmullo de asombro llenó el aire y agitó los pechos de las damas subyugadas ante su imponente presencia.

Pero cuando Ahmed se presentó en el campo de batalla, encontró las vallas cerradas; sólo se admitía allí a los príncipes; declaró, pues, su nombre y su rango, mas en mala hora lo hiciera. Era un musulmán y no podía pensar siquiera en participar en una justa que tenía por premio la mano de una princesa cristiana.

Los príncipes rivales lo rodearon entonces con arrogancia y en actitud desafiante. Uno, de aspecto y modos especialmente insolentes, así como de hercúleo tamaño, despreció con risa burlona la juvenil belleza de Ahmed, y no menos rió en alto del amoroso nombre con que se había hecho anunciar. La cólera invadió al príncipe y desafió a su rival; tomaron distancia,

se pusieron en guardia y se acometieron con furia. Apenas tocó Ahmed a su rival con la punta de su lanza mágica, el bravucón cayó derribado. Tenía que haberle bastado, pero montaba un alazán hechizado y se guardaba con armadura encantada; no podía dominar el sortilegio una vez que había entrado en combate. Cargó entonces el alazán contra el tropel de caballeros cristianos; destruía la lanza de Ahmed cuanta fuerza quisieran oponerle sus rivales, dejándoles fuera de combate; Ahmed se vio obligado a esgrimir su lanza por toda la liza, e iban cayendo caballeros más fuertes y más débiles, mientras el príncipe se lamentaba en su fuero interno del mal que involuntariamente causaba... Naturalmente, el rey rugía de rabia ante aquel desastre al que eran sometidos sus súbditos y sus invitados, pues ahora cargaba el alazán contra quienes estaban en las galerías, y mandó a su guardia que atacara al extraño... Mas tan pronto trataron de enfrentarse al alazán hechizado sus caballos, rodaron por tierra derrotados... El rey, entonces, se quitó su manto de armiño, tomó un escudo, empuñó una lanza, y galopó veloz contra el príncipe moro, suponiendo que su presencia le impondría el debido respeto... Pero no fue mejor recibido que los demás cristianos; la lanza de Ahmed nada sabía de jerarquías ni de respetos, y acongojado el príncipe vio morder el polvo al rey y rodar por la dura tierra su corona.

Alcanzó el sol, en ese punto, el meridiano; el sortilegio seguía implacable su curso, y voló el alazán, más que galopar, para cruzar la llanura, salvar la fuerte corriente del Tajo y llevar al príncipe, confuso y aterrorizado, hasta la cueva. Allí quedó otra vez convertido en estatua el alazán, junto a la mesa de hierro. Ahmed respiró hondo, aliviado, viendo al fin quieto al bruto; echó pie a tierra, se quitó la armadura, que puso en donde antes estaba, como la lanza, para evitar que el sortilegio se cumpliera inexorablemente sobre su destino. Abatido, buscó asiento en el suelo y se puso a meditar sobre cuanto había sucedido, acerca de la situación extrema a que se había visto abocado por aquellas artes mágicas de las que hizo uso. Se dijo, muy triste, que ya no podría volver a Toledo, luego de haber humillado a los cristianos y tirado por tierra a su rey. ¿Qué pensaría la hermosa princesa sobre comportamiento tan brutal y desalmado como el suyo? Lleno de ansiedad pidió a sus alados mensajeros que acudieran a recoger noticias. No hubo foro público que no recorriese el loro, que volvió con infinitos comentarios; todo Toledo se hallaba sumido en la consternación; la princesa había sufrido un desmayo, al ver aquel desastre, y tuvo que ser retirada a sus aposentos; la justa acabó en algarabía brutal y gran confusión; sólo se hablaba en las calles de la súbita aparición de aquel jinete árabe, diciendo unos que era un mago malvado, otros que un demonio salido del infierno, y no faltaban los que aludían a los hechizos que referían las antiguas leyendas que hablaban de guerreros ocultos por arte de encantamiento en las cuevas de las montañas... Todos, sin embargo, coincidían en que era imposible que tanto desastre pudiera ser causado por un mortal, y al decirlo hacían la cruz para espantar al demonio.

La lechuza salió de noche, rondó por la ciudad en penumbra, se detuvo en los aleros de los tejados y en las chimeneas, hasta que decidió acudir al palacio del rey, para lo que tuvo que sobrevolar los peñascos de la cúspide de la montaña sobre la que se alzaba. Recorrió las almenas y las torres, se posó en las azoteas, prestó oído a cuanto aquí y allá se decía, y poniendo sus grandes ojos en cuanta rendija había en los muros y en las paredes para dejar salir una leve luz, anduvo escrutándolo y oyéndolo todo hasta el amanecer, para acudir entonces a dar las nuevas al príncipe.

-Mientras curioseaba en una de las torres más altas -dijo la lechuza-, vi a una hermosa princesa reclinada sobre un diván; estaba atendida por varios médicos y por su servidumbre, pero no quería cuidados; al fin la dejaron sola, obedientes a sus súplicas, y sacó entonces una carta que tenía guardada, que leyó y besó exhalando lamentaciones muy tristes... Te aseguro que llegó a conmoverme, a pesar de mi frío temperamento filosófico...

El bondadoso corazón de Ahmed se estremeció al oír aquellas nuevas.

- ¡Cuánta verdad había en las palabras del muy sabio Eben Bonabben! -dijo el príncipe-. Pesadumbres, noches sin dormir, sufrimientos... En todo eso cae el enamorado... ¡Que Alá guarde a la princesa del influjo funesto de eso que llaman amor!

Otras nuevas que de Toledo llevó el loro no hicieron sino corroborar lo que le había

dicho la lechuza. La ciudad entera seguía presa de la alarma y el desasosiego; se redoblaban las patrullas de centinelas en el palacio; quedó recluida en la torre más alta la princesa, abandonada a una terrible melancolía de cuyos motivos nada sabían quienes le prestaban asistencia, como si no escuchase las palabras de consuelo que recibía. Incluso se negó a probar bocado. En vano resultaba la ciencia de los médicos, pues parecía bajo un hechizo la bella princesa. Al fin, hubo de hacer el rey una proclama, concediendo la joya más preciada de su corona a quien obtuviera su curación.

Cuando la lechuza, que dormitaba en un rincón, oyó la noticia de tan generoso ofrecimiento, giró a un lado y otro sus grandes ojos y se sumió aún más en sus misteriosas cavilaciones.

- ¡Alá Akbar! ¡Cuán feliz será el hombre que obre el prodigio de su sanación! -dijo después al príncipe.

- ¿Qué quieres decir, sabia lechuza? -le preguntó Ahmed.

- Escucha lo que voy a contarte, príncipe... Nosotras, las lechuzas, formamos un grupo de sabios entregados al estudio en horas de tiniebla... Bien, pues durante mi última incursión en Toledo, de torreón a cimborrio, descubrí que una auténtica congregación de lechuzas se reúne en la torre abovedada donde guarda el rey sus tesoros. Como son grandes y expertas anticuarias, discutían acerca de las inscripciones de los vasos de oro y de plata que allí tiene el rey, y se mostraban muy interesadas, sobre todo, en deducir los caracteres de cada país y de cada edad. Pero tenían en mayor estima ciertas reliquias y talismanes guardados desde los tiempos de Don Rodrigo el godo, y muy especialmente se fijaban en una caja de sándalo cerrada por tiras de acero, una obra maestra de la artesanía oriental inscrita con caracteres emblemáticos, conocidos sólo por unas pocas lechuzas de las allí reunidas. Desde mucho tiempo atrás era objeto esa caja de discusiones muy eruditas, con las que acabó, sin embargo, una lechuza contemporánea de Matusalén, recién llegada de Egipto; ésta, sentándose sobre la tapa de la caja para descansar del largo viaje, descifró una inscripción que, según ella, tuvo también en tiempos la alfombra de seda puesta sobre el trono del sabio rey Salomón, diciendo la vieja y sabia lechuza que a buen seguro llevaron hasta Toledo aquella caja los judíos que aquí buscaron refugio después de la caída de Jerusalén.

Quedó tan absorto como encantado el buen Ahmed después de que la lechuza concluyese su erudita disertación.

-He oído al sabio Eben Bonabben contar maravillas sobre ese talismán de Jerusalén -dijo el príncipe-. Seguro que no saben los cristianos de Toledo que se hallan en posesión de ese talismán... Si lograra hacerme con esa reliquia de aquel tiempo, me asistiría la más grande felicidad por el resto de mi vida.

Se quitó a la mañana siguiente sus ricos ropones Ahmed, para vestirse como un sencillo árabe de los desiertos, y pintó de castaño su piel para que nadie pudiera reconocerle como el pavoroso guerrero que tanto desastre causara a los cristianos en las justas. Con un báculo y una chirimía, y cargando al hombro una talega, bajó a Toledo y se presentó a las puertas del palacio ofreciéndose a sanar a la princesa.

-¡Qué osadía la tuya, miserable, pues pretendes alcanzar lo que ningún sabio ha logrado con su ciencia! -le dijo un guardián que intentó alejarlo a golpes, pero el rey, que acertó a pasar por allí en ese momento, ordenó que llevaran al árabe a su presencia.

-Muy poderoso rey y señor -dijo Ahmed-, aquí me muestro, un beduino que ha pasado la mayor parte de sus días en el desierto. Frecuentan aquellas soledades, señor, los demonios y otros espíritus malignos, que nos acechan, tientan y acosan, a nosotros, infelices pastores; esos demonios y espíritus además nos diezman el ganado y enfurecen a nuestros camellos, pero contrarrestamos sus malignas artes haciendo sonar aires que hemos ido heredando generación tras generación a través de los siglos, y que tocamos con nuestra chirimía para espantar a los demonios. Vengo de una familia que en muy alto grado poseyó el don de la música, y yo lo poseo igualmente; si acaso hubiera sucumbido vuestra hija a un hechizo maligno, respondo con mi cabeza de que sabré liberarla de su influjo y sanará.

El rey, que era un hombre de talento práctico, y que sabía bastante de los muchos

secretos que dominan los árabes, cifró todas sus esperanzas en la propuesta del pastor. Lo llevó de inmediato a la torre, en cuya parte más alta estaba la princesa, cruzando una gran cantidad de puertas que la mantenían en cautiverio. Las ventanas se abrían sobre una azotea con balaustradas, desde la que se contemplaba imponente la ciudad de Toledo y sus alrededores. Estaba la habitación de la princesa en penumbra, pues así, en la pena que la consumía, quería hallarse.

Ahmed tomó asiento entonces sobre las baldosas de la azotea e hizo sonar su caramillo con aires pastoriles que había aprendido de sus servidores en el Generalife de Granada. Siguió insensible, empero, la princesa; los médicos que por allí había movían negativamente la cabeza, incrédulos, incluso riéndose del beduino... Al fin, Ahmed, dejando a un lado la chirimía, comenzó a entonar los versos enamorados que había compuesto para ella, los que llevó a la princesa la paloma... No pudo por menos la doncella que reconocerlos al instante, y se apoderó de ella tanta alegría que se puso en pie y quedó embelesada escuchándolos... Le brotaban lágrimas de contento, le latía con fuerza renovada el corazón, se entregaba en silencio y gozosa, en fin, a un cúmulo de sentimientos... Su primera intención fue la de llamar a quien tan dulcemente declamaba, pero su recato proverbial le recomendó prudencia... Mas el rey, que adivinó sus deseos, ordenó que llevaran a Ahmed a la habitación... Ni aunque se hubieran puesto de acuerdo habrían demostrado tanta discreción los enamorados; se contentaron con mirarse, aunque de manera más elocuente que las palabras. Nunca antes había imperado la música como aquel día; hizo que floreciera la rosa en la delicada y mustia faz de la doncella, que volviera la sangre a poner carmín en sus labios y que refulgieran sus ojos como nunca. Los médicos se miraban anonadados y el rey contemplaba admirado, aunque no sin temor, al beduino.

-¡Tú, maravilloso joven! -le dijo-. Serás desde hoy el primero de los médicos de mi corte y no aceptaré en adelante más medicina que tu música... Ahora recibirás la joya más parecida de mi corona, lo mejor de mi tesoro.

- ¡Oh, rey! -respondió Ahmed-. No me importan ni la plata ni el oro, ni las gemas... Guarda tu tesoro una reliquia desde los tiempos del dominio musulmán sobre Toledo; una caja de sándalo que contiene una alfombra de seda... Me daré por bien pagado con esa alfombra...

A todos sorprendió tanta modestia en el beduino, aún más cuando vieron la caja de sándalo que el rey mandó de inmediato que le fuera llevada, y descubrieron la alfombra: era, en verdad, de riquísima seda verde, bordaba en caracteres hebreos y caldeos. Se encogieron de hombros los médicos y sonrieron todos, en fin, ante la sencillez del joven árabe, que se daba por satisfecho y contento con tan hermoso pero pobre pago.

- Esta alfombra -les dijo el beduino- cubrió el trono del sabio Salomón y merece extenderse para que brinde protección a esta hermosa princesa -dijo en tono solemne, extendiendo la alfombra en la azotea, al lado de una otomana que había hecho poner allí la princesa, ahora contenta, mientras los guardias bajaban a buscar la caja de sándalo.

Se arrodilló entonces el príncipe a los pies de la princesa, y le dijo así:

- ¿Habrá quien se oponga a lo que está escrito en el Libro del Destino? Aquí se cumple la predicción de los astrólogos. Sabed, ¡oh, rey!, que vuestra hija y yo nos amamos en secreto desde hace tiempo... Yo soy, majestad, el Peregrino del Amor.

Apenas dijo aquellas palabras se alzó mágicamente la alfombra, recogió a Ahmed y a su amada, y se elevó por los aires, llevándoselos... Atónitos y boquiabiertos vieron el rey y los demás desaparecer aquel prodigio, que se convirtió al cabo en un punto negro en una blanca nube, hasta perderse al fin bajo la bóveda celeste del cielo.

El rey, furioso, hizo llevar a su presencia a su tesorero.

-¿Cómo has tolerado que un infiel conozca los secretos que se guardan en mi tesoro? ¿Cómo sabía ese pastor que tenía en mi poder tan poderoso talismán?

-Señor, nadie sabía del contenido de esa caja, ni éramos capaces de descifrar sus inscripciones; si en verdad es la alfombra de seda del sabio Salomón, está poseída por un encantamiento tan fuerte que puede transportar por los aires a su dueño de país en país -dijo,

asombrado, el tesorero.

De inmediato ordenó el rey que se formase un poderoso ejército, y al frente de sus tropas partió hacia Granada para dar con los fugitivos...

Fue difícil y larga su marcha, empero. Al fin acamparon sus huestes en la vega y mandó una embajada reclamando la restitución de la princesa. Bajó el rey moro con su corte a dar respuesta en persona al rey cristiano... Mas en el rey de Granada reconoció entonces el rey cristiano al beduino. Había muerto el padre de Ahmed y éste le sucedió en el trono. La bella Aldegunda era su sultana.

Quedó más tranquilo el rey cristiano cuando le dijo su hija que Ahmed le permitía perseverar en su fe; no es que fuera el rey de Toledo un creyente fervoroso, pero la religión fue siempre azote de las discordias en España, durante siglos, entre árabes y cristianos, y se mostró complacido con la tolerancia que el soberano de Granada mostraba para con la fe de su esposa. No hubo pues guerra, sino festejos y celebraciones entre hispanos y moros, tras los cuales regresó el rey cristiano a Toledo y siguieron en el reino de la Alhambra los enamorados.

Hay que referir que tanto la lechuza como el loro siguieron junto a Ahmed en Granada, aunque procuraban no verse... El loro le acompañaba de día y la lechuza aprovechaba las noches para visitar a su larga parentela; el loro se mostraba altanero y más pagado de sí mismo que nunca, además de ocioso y dicharachero en los salones de la corte... Ahmed había recompensado generosamente la ayuda que le prestaron, pues nombró a la lechuza primer ministro y al loro maestro de ceremonias de la corte. No hace falta decir que jamás hubo gobernante tan sabio en reino alguno, ni corte tan fastuosa y dada a la etiqueta más puntillosa.